REUNION DE GOBERNADORES DEL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL Y DEL BANCO MUNDIAL*

 Discurso pronunciado por J. de Larosiere, presidente del Directorio Ejecutivo y Director Gerente del Fondo Monetario Internacional.

Señor Presidente, cuando nos reunimos hace dos años, la economía mundial se encontraba sumergida en una atmósfera de aguda crisis. La recesión mundial había causado una desaceleración pronunciada de la actividad económica y los problemas de endeudamiento de algunos grandes países en desarrollo amenazaban con desintegrar el sistema financiero internacional.

El recordar esto permite apreciar el camino recorrido desde nuestra reunión de Toronto. Desde comienzos de 1983, la economía de Estados Unidos ha registrado una rápida expansión y hay indicios cada vez más claros de una reanudación del crecimiento económico en los demás países industriales. El comercio internacional se ha reactivado de manera notable y la inflación se ha reducido considerablemente. En lo que respecta a la balanza de pagos de los países profundamente endeudados, la situación ha mejorado extraordinariamente.

No obstante, subsisten problemas importantes que siguen representando una ardua tarea para los responsables de la política económica. Los tipos de interés aun se mantienen a un nivel real muy alto. Este fenómeno, aunque no parece haber obstaculizado, hasta ahora, la recuperación económica compromete la durabilidad de ésta a más largo plazo y agrava los problemas de los países en desarrollo profundamente endeudados. Muchos países en desarrollo tendrán que recorrer un largo camino antes de lograr una situación de balanza de pagos viable y satisfacer, al mismo tiempo, sus necesidades de desarrollo económico interno. Este es el caso, sobre todo, de muchos pequeños países en desarrollo y países de bajo ingreso. Por otro lado, en muchos países industriales, en particular en la mayoría de los países de Europa occidental, el desempleo se mantiene a niveles muy elevados.

Hoy quisiera evocar estos diversos problemas y explicar de qué manera, en mi opinión, deben abordarse a fin de consolidar el progreso logrado recientemente en la economía mundial. Voy a examinar, en primer lugar, el problema de cómo lograr un crecimiento económico estable en los países industriales, objetivo del cual depende gran parte de la evolución global. Luego intentaré evaluar la mejora lograda en la situación de los pagos de los países del Tercer Mundo y en la reanudación de su desarrollo. Finalmente, me referiré a algunos aspectos de la cooperación internacional que tienen importancia fundamental si queremos aprovechar al máximo las oportunidades que se presentan actualmente a la economía mundial.

1. La expansión de los países industriales

En el año de 1984 los países industriales habrán registrado sin duda, la tasa de crecimiento económico más elevada desde hace por lo menos ocho años. Según los estudios efectuados en el Fondo, la producción global de los países industriales alcanzará en 1984 un nivel superior en el 5% al de 1983, registrándose un aumento de la tasa de crecimiento económico en la mayoría de dichos países. Esta mejoría de la situación económica no se ha visto acompañada por una aceleración de la inflación, lo cual constituye un hecho alentador. Se prevé que los aumentos de precios alcanzarán en 1984 un promedio del 4.5%, nivel algo inferior al de 1983 y que representa el mejor resultado desde hace casi quince años. Igualmente alentador resulta el impulso que ha adquirido la inversión en capital fijo. A pesar del alto nivel de los tipos de interés, la formación de capital de las empresas ha aumentado con mayor rapidez que en otros períodos de recuperación cíclica, aun en países en que dicha recuperación ha sido relativamente lenta.

Diversos factores han contribuido a esta mejoría de la situación. En primer lugar, y éste es el elemento más importante, el éxito de las medidas de política económica adoptadas con el fin de reducir la inflación y las expectativas inflacionarias ha modificado el clima en el cual adoptan sus decisiones las empresas y los consumidores. En un medio financiero más estable, los ahorradores e inversionistas están más dispuestos a adquirir compromisos a largo plazo. Los consumidores invierten sus ingresos con mayor confianza si el ahorro que han acumulado no se ve menoscabado por la inflación. Otros factores han contribuido también a la obtención de mejores resultados económicos en Estados Unidos. En particular, la flexibilidad del funcionamiento de

SEPTIEMBRE 1984 3

Pronunciado al presentar el trigésimo noveno Informe Anual de los directores ejecutivos a la Junta de Gobernadores del Fondo.

los mercados, sobre todo el mercado de trabajo, ha facilitado la reestructuración económica y la creación de empleo, en tanto que la reducción de impuestos ha estimulado la formación de capital fijo en las empresas.

Sin embargo, aún quedan difíciles problemas por resolver si deseamos ampliar las bases de la expansión actual y hacerla más duradera. Uno de los problemas que se plantean es el desequilibrio geográfico de la recuperación. En Europa, el crecimiento económico no ha permitido aún obtener resultados tangibles y duraderos en la lucha contra el desempleo. Por otro lado, en Estados Unidos la política económica debe ser tal que el aumento de la demanda nominal no contribuya a un recrudecimiento de la inflación. En particular, es esencial adoptar medidas con el fin de reducir el déficit presupuestario. Estas medidas contribuirían también a limitar el recurso al ahorro externo a un nivel más sostenible y a atenuar las presiones que se ejercen sobre los tipos de interés. En Europa, si bien el saldo fiscal de varios de los grandes países está mejorando, el gasto del sector público, en general, sigue siendo demasiado elevado en relación con el PNB. Esto, junto con otras rigideces estructurales, contribuye a mantener los niveles de producción y empleo por debajo de su potencial.

La estrategia económica adoptada hace varios años para fomentar un crecimiento sostenido sigue siendo válida. Esta estrategia incluye el restablecimiento y mantenimiento del equilibrio económico y financiero, así como un mejor funcionamiento de los mercados. Esta es una condición necesaria para lograr una mejor asignación de recursos y aumento más regular de la inversión y la demanda en el sector privado. En las actuales circunstancias, es necesario mantener los aspectos de dicha estrategia que han dado buenos resultados, adoptando, al mismo tiempo, firmes medidas encaminadas a afianzar la política económica en los campos en que la estrategia en cuestión no se ha aplicado cabalmente.

Esto significa que la política monetaria debe mantener una orientación que impida el recrudecimiento de la inflación y contribuya a una nueva reducción de las presiones que se ejercen sobre los precios. La experiencia de los años setenta demuestra que es peligroso y, en definitiva, ilusorio orientar la política monetaria hacia los tipos de interés en forma demasiado estrecha. Sólo puede resultar convincente y exitosa una política sostenida con un objetivo a mediano plazo y encaminada a reducir paulatinamente la tasa de inflación. Los mejores resultados en materia de precios que han podido obtenerse en los últimos dos años gracias a una política de ese tipo constituyen uno de los factores básicos de la actual recuperación. A este respecto, quisiera señalar que las actuales tasas de aumento de los precios, si bien son mucho más satisfactorias que las registradas hace algunos años, no pueden ser motivo de satisfacción. Casi todos los países se verían beneficiados por una nueva reducción de la inflación. No olvidemos que la tasa de inflación del 4,5% prevista para los países industriales este año es superior en 1,5 puntos a la tasa anual media registrada durante el periodo de expansión de comienzos y mediados de la década de 1960.

La baja de los tipos de interés no podría basarse en una política monetaria acomodaticia, que simplemente reavivaría las expectativas inflacionarias; la baja de los tipos de interés debe apoyarse en una política fiscal que reduzca la proporción del ahorro que absorbe el sector público. Esto supone una acción encaminada tanto a reducir el déficit fiscal como a frenar el aumento del gasto público. Si el déficit público sigue siendo elevado, los mercados seguirán temiendo que la monetización de la deuda se convierta en una tentación a la cual sería cada vez más dificil resistir. Aun si las autoridades resisten esta tentación, la absorción de ahorro para financiar los déficit fiscales terminará por desalentar el gasto sensible a los tipos de interés, en particular la inversión de las empresas. Naturalmente, el gasto del sector privado también puede verse desplazado por el gasto público financiado por los impuestos. Por lo tanto, es de gran importancia mantener el rigor necesario en materia de gasto público.

Sin embargo, la política financiera es sólo un aspecto del problema. Debemos asegurarnos de que el mercado tenga un funcionamiento suficientemente flexible, de modo que pueda adaptarse a las exigencias de las tecnologías en rápida evolución y absorber la mano de obra disponible. Este es un terreno en que los diferentes contextos institucionales de los países exigirán medidas de política económica diferentes. Según las circunstancias, habrá que adoptar medidas destinadas a favorecer la movilidad y el reciclaje de la mano de obra, limitar -o incluso eliminar - las cláusulas sobre indización en los contratos, reducir la ayuda a las industrias en crisis, simplificar las reglamentaciones, racionalizar los incentivos a la inversión, reformar los mecanismos de negociación salarial, etc. El hecho de que no exista una panacea no debe hacernos perder de vista la importancia de resolver de manera decidida estos problemas estructurales.

Un funcionamiento más eficaz de la economía de los países industriales contribuiria a frenar las presiones proteccionistas. En la medida en que estos países puedan explotar las posibilidades de las nuevas industrias y las nuevas tecnologías, disminuirá la tentación de refugiarse en la seguridad ilusoria de las industrias y tecnologías del pasado. El carácter dinámico de la ventaja comparativa significa que, en definitiva, todos los países resultan beneficiados

por el mantenimiento de un sistema de comercio abierto. En consecuencia, no sólo los países industriales sacarían partido de un funcionamiento más eficaz de sus economías. Los demás países necesitan un mercado en expansión en el mundo industrial para que se cree un ámbito mundial favorable a los esfuerzos que están llevando a cabo por dar nuevo impulso al desarrollo.

2. Crecimiento y ajuste en los países en desarrollo

El mejoramiento de la situación económica de los países industriales está repercutiendo positivamente en el Tercer Mundo. Numerosos países en desarrollo han podido sacar partido de estas condiciones más favorables poniendo en práctica con determinación firmes programas de ajuste. Gracias al mejoramiento de las condiciones y políticas económicas, las exportaciones de los países en desarrollo destinadas al mundo industrial han aumentado rápidamente en los últimos doce meses (un 18%, expresadas en dólares), lo cual ha significado un estímulo -muy necesario- para el crecimiento de estos países y ha contribuido a un nuevo mejoramiento de su balanza de pagos. Es probable que el déficit en cuenta corriente de los países en desarrollo no petroleros alcance en 1984 un nivel inferior a los US\$ 50,000 millones, es decir menos de la mitad del nivel registrado hace tres años. Este déficit sería equivalente a un 9% de la exportación de bienes y servicios de estos países, la proporción más baja que se haya registrado desde hace por lo menos veinte años.

El hecho de que el proceso de ajuste de los países en desarrollo esté pasando ahora de la fase de compresión de la importación a la fase de expansión de la exportación favorece igualmente una aceleración del aumento de la producción. Por primera vez desde hace cuatro años, la producción global de estos países deberia aumentar más rápidamente que su población, y para 1985 se prevé una nueva aceleración del aumento de la producción, que alcanzaría una tasa del 4.5%.

Estos resultados positivos no deben hacernos perder de vista los numerosos aspectos de la situación actual que constituyen motivo de preocupación. La actual tendencia del crecimiento ha ido precedida por varios años de estancamiento -e incluso de baja- del nivel de vida de muchos países en desarrollo. Es necesario tener presente igualmente que los resultados económicos han sido muy desiguales y los países de Africa y América Latina se han visto gravemente afectados. Los países africanos, en particular, son los que más han sufrido, y han visto sus dificultades recientes agravadas por condiciones climáticas desfavorables. Más aún, las bajas tasas de crecimiento que se registran hoy en Africa han ido precedidas por varios años de estancamiento económico en el contexto de un ingreso per cápita ya bajo. Si bien los países de Asia han registrado tasas de crecimiento, en general, satisfactorias, no debemos olvidar que en esta región se encuentra el mayor número de personas que viven en condiciones de extrema pobreza. Finalmente, la situación de la deuda de muchos países en desarrollo del mundo entero sigue siendo precaria y vulnerable frente a una evolución interna o externa desfavorable.

El problema fundamental que se plantea es el de determinar la forma en que los países en desarrollo profundamente endeudados podrán restablecer su ritmo de progreso económico. Este es un problema que nos preocupa muchísimo en el Fondo. Lo hemos examinado con atención, tanto en el contexto de los programas de ajuste que contribuimos a financiar en los países miembros como en el marco de la supervisión de la evolución económica mundial por parte del Fondo. Al analizar en profundidad la evolución reciente y las perspectivas futuras, se llega a varias conclusiones importantes:

- En primer lugar, las perspectivas de que la situación de la deuda se solucione en forma ordenada y eficaz son ahora mucho mejores de lo que eran hace un año.
- En segundo lugar, si se aplican políticas acertadas, la situación de los países endeudados parece poder resolverse a plazo medio. La reanudación del crecimiento puede combinarse con una reducción paulatina de la carga de la deuda externa. Según las últimas proyecciones a plazo medio elaboradas en el Fondo, la razón entre la deuda externa y la exportación de bienes y servicios del grupo de siete países en desarrollo más endeudados podria disminuir en dos quintos de aqui a 1990 mientras que el crecimiento económico de esos países podría acelerarse hasta alcanzar una tasa del 5% anual en la segunda mitad del decenio.
- En tercer lugar, son tan grandes las diferencias entre los países que la única esperanza realista de lograr un progreso continuo es enfocar los diversos casos uno por uno. Este método ha producido ya resultados positivos. Varios de los principales países endeudados han logrado avanzar considerablemente en el restablecimiento de su capacidad crediticia afianzando, al mismo tiempo, las bases de su crecimiento económico interno. Si continúan aplicándose los programas de ajuste adoptados por estos países, lo más probable es que se logren nuevos progresos en el período próximo.

Sin embargo, debo recalcar que, si bien es posible lograr resultados satisfactorios, la evolución real dependerá, sobre todo, de las medidas de política económica que se apliquen. Aquí es donde se presenta una dificil tarea para todos nosotros, los que tenemos responsabilidades en la formulación de la política económica nacional e internacional.

Las medidas a las que deseo referirme conciernen a tres grupos de responsables en materia de política económica: las autoridades de los grandes países industriales, cuyos resultados económicos afectarán al clima mundial, en el cual deberán llevarse a cabo el crecimiento y el ajuste de los países en desarrollo; los acreedores de los sectores público y privado, cuyas decisiones sobre crédito determinan las limitaciones a que se ven confrontados los países endeudados; por último, y sobre todo, las autoridades de los propios países prestatarios, cuyos programas de ajuste constituyen el factor decisivo del mantenimiento de niveles de financiamiento adecuados.

A los grandes países les corresponde, en las circunstancias actuales, una función vital en la creación de un clima que facilite el crecimiento de la exportación y el cumplimiento ordenado del servicio de la deuda. Esto significa tres cosas fundamentales: un continuo crecimiento económico no inflacionario que ofrezca a los países en desarrollo un mercado en expansión para sus exportaciones; el rechazo de las medidas proteccionistas y la adopción de medidas de política económica que permitan restablecer un nivel de tipos de interés reales más moderado.

En cuanto a los acreedores, tanto oficiales como privados, éstos deberán seguir comprendiendo la dinámica del proceso de ajuste. Esto implica que deberán seguir dispuestos a proporcionar financiamiento —a un nivel suficiente— a los países que están llevando a cabo esfuerzos genuinos por resolver sus problemas. Implica también que deberán estar dispuestos a resolver los problemas de la deuda a plazo medio y a tener en cuenta el progreso logrado por los países en sus programas de ajuste concediéndoles refinanciamiento adecuado.

Y, por último, los propios países endeudados, sobre quienes pesa la carga principal del ajuste. Deseo subrayar que, en un ámbito mundial integrado pero en rápida evolución, el ajuste no es una opción de política económica; es obligatorio para la supervivencia económica de un país. Es cierto que el ajuste implica costos. Pero estos costos serán aún mayores si los países se resisten al ajuste imponiendo controles y restricciones. La diferencia está entre un ajuste ordenado en el que se trata de explotar al máximo las oportunidades que ofrece una situación nueva y un ajuste que termina por imponerse a un país cuando ya se ha perdido la confianza en la moneda nacional y ha sido imposible evitar una reducción de las importaciones y una baja del nivel de vida de proporciones considerables.

Entre los elementos fundamentales de una estrategia de ajuste eficaz figuran los siguientes:

- Medidas más eficaces encaminadas a lograr mayor estabilidad de precios internos a fin de crear un clima más propicio para la inversión.
- Un control adecuado de los déficit presupuestarios cuando éstos hayan fomentado las presiones

inflacionarias o absorbido recursos que habrían podido destinarse a fines más productivos en el sector privado.

- Precios internos realistas y flexibles (especialmente el tipo de cambio, los tipos de interés y los principales precios administrados) a fin de mejorar la asignación de recursos y fomentar el crecimiento.
- Un reexamen constante del gasto público, tanto corriente como de capital, de modo que los recursos absorbidos por dicho gasto se destinen a fines productivos.

Estas son las medidas que recomienda el Fondo. Hay que insistir en la importancia que revisten. Sólo adoptando estas medidas se puede restablecer la confianza, contribuir a recuperar el capital fugado y atraer nuevas corrientes de inversión directa. Sin dichas medidas no podrán resolverse los desequilibrios actuales ni las dificultades de pagos y sencillamente no podrá restablecerse un ritmo de crecimiento satisfactorio. No se trata de medidas miopes o contrarias al crecimiento, como se afirma a veces. Al contrario, son medidas compatibles con el crecimiento y, más aún, indispensables para éste. En este sentido, la colaboración entre el Fondo y el Banco Mundial es importantísima. En realidad, el Fondo colabora estrechamente con el Banco Mundial a fin de que las medidas de ajuste de balanza de pagos se apliquen en el contexto de un desarrollo equilibrado y sostenible a más largo plazo. Esta colaboración se está intensificando aún más.

Puede observarse ya que muchos de los países que han alcanzado el mayor éxito en la aplicación de sus programas de ajuste y en el restablecimiento de una situación de balanza de pagos viable son también los países en que el crecimiento interno está recuperándose con mayor vigor. Aunque la marcha del ajuste económico seguirá siendo accidentada, si los programas de ajuste que están adoptando muchos países en desarrollo siguen aplicándose con determinación, es muy probable que se logre a mediano plazo un nuevo mejoramiento de los resultados económicos. Sería lamentable que el aumento -reciente y previsto— de la exportación de los países en desarrollo llevase a estas naciones a descuidar la necesidad de nuevas adaptaciones de política económica. A este respecto, los gobernantes tienen la importante misión de hacer comprender a la opinión pública las medidas de política económica adoptadas y lograr su respaldo.

Pese al notable progreso logrado en varios países, en muchos casos no se ha llegado a un acuerdo sobre programas de ajuste. En realidad, queda mucho por hacer para mejorar la situación económica de una gran parte del mundo en desarrollo. La inflación sigue siendo altísima en muchos países en desarrollo. Todavía existen grandes rigideces en los mecanismos de ajuste de los tipos de interés, los tipos de

cambio y otros precios clave. Los déficit públicos son a menudo excesivamente elevados y el gasto público se destina a fines poco productivos.

El éxito de los programas de ajuste exigirá resolución por parte de los países prestatarios y el apoyo de los prestamistas. El Fondo puede desempeñar una función crucial en este aspecto, y se halla, de hecho, en una situación privilegiada para ayudar a los países miembros a reaccionar contra los factores adversos y para dar garantías a los prestamistas de que siguen llevándose a cabo los programas de ajuste necesarios.

3. Colaboración internacional

Para aprovechar las oportunidades que ofrece la situación actual y hacer frente a las dificiles tareas que se plantean hará falta no solamente una actitud de decisión en la política interna, sino también un alto grado de colaboración internacional. La economía mundial va haciéndose cada vez más interdependiente y todos los países deben saber reconocer la forma en que se relacionan las medidas que ellos adoptan con las que adoptan los países con quienes mantienen relaciones comerciales y financieras. Una de las funciones principales del Fondo consiste en fomentar ese proceso y alentar la adopción de políticas nacionales que, a más de ser acertadas, sean compatibles en el plano internacional.

Durante el último año transcurrido hemos presenciado varias manifestaciones de colaboración internacional eficaz, que son motivo de satisfacción. Para empezar, se ha reforzado considerablemente la situación financiera del Fondo. A finales de 1983 entró en vigor el aumento de las cuotas del Fondo en virtud de la octava revisión general. Este aumento vino seguido de una ampliación de los recursos de que dispone el Fondo conforme a los Acuerdos Generales para la Obtención de Préstamos, y mediante nuevos acuerdos de préstamo con Arabia Saudita y el Banco de Pagos Internacionales (BPI) y algunos países industriales. Estos hechos han ampliado de forma significativa la capacidad de esta institución para promover el ajuste financiero ordenado. En el período de doce meses concluido al final de agosto de 1984, el Fondo aprobó veintisiete nuevos acuerdos de derecho de giro o acuerdos en virtud del servicio ampliado a favor de países miembros. Tras la elevada cifra de compromisos contraídos en 1983 (DEG 11.000 millones) a causa de la crisis de la deuda, se prevé que el total de compromisos no pasará de DEG 5.000 millones en 1984. Estas cifras no deberían implicar de momento una necesidad de obtención adicional de préstamos por el Fondo, sino que indican la prudencia con que la institución ha utilizado en los distintos casos los límites de la política de mayor acceso. El acuerdo alcanzado en el Comité Provisional durante el fin de semana para mantener en vigor la política de mayor acceso es sumamente importante. Esta decisión permite al

Fondo mantener la necesaria flexibilidad para poder responder a las situaciones y problemas concretos que puedan surgir.

La colaboración por parte de los prestamistas internacionales, tanto públicos como privados, ha sido crucial durante el último año para apoyar los programas de ajuste y dar lugar a una evolución ordenada de la situación de la deuda. No hay soluciones milagrosas, ni panaceas universales en este terreno. Solamente se puede progresar manteniendo y mejorando la colaboración entre todas las partes afectadas en cada caso por separado. En el Club de París se ha dado muestras de una cooperación notable para acordar la refinación de la deuda oficial. La cooperación entre los bancos comerciales también ha sido estrecha y eficaz. El reciente acuerdo de reprogramación a un plazo de varios años de la deuda alcanzado entre las autoridades mexicanas y un grupo de bancos constituye un paso adelante de suma importancia. Dicho acuerdo, que resuelve el problema de la acumulación de vencimientos de deuda entre 1985 y 1990, aumentará la capacidad de México para hacer frente a su deuda externa y facilitar su vuelta al acceso normal al mercado. Indica también una mejora en las conoiciones obtenidas por México, con lo que se refuerza el vínculo evidente entre la actuación económica y el recargo sobre los tipos de interés. Por último, se estipula en el acuerdo una continua colaboración entre el Fondo y las autoridades mexicanas, dando mayor importancia al procedimiento de las consultas del Artículo IV. Por consiguiente, este acuerdo reforzará los incentivos para que otros países apliquen medidas eficaces de ajuste. La aplicación a otros países de esta clase de reprogramación de la deuda a un plazo de varios años dependerá de las circunstancias de cada caso concreto.

No cabe duda de que estos hechos son muy favorables. Al propio tiempo, sigue habiendo aspectos de la situación en los que hay que reavivar el espíritu de colaboración. Voy a referirme a tres de ellos: el financiamiento en condiciones concesionarias, la política comercial y la supervisión.

Aunque a muchos gobiernos les resulta dificil aumentar su ayuda oficial para el desarrollo, es evidente que cualquiera que sea el grado de cooperación de la banca en la concesión de préstamos internacionales en los años venideros, y cualquiera que sea el nivel de inversión directa —que habrá de desempeñar una función creciente— hará falta una mayor ayuda oficial para el desarrollo. Seguirá revistiendo máxima importancia la función de los gobiernos en la concesión de préstamos adecuados en condiciones concesionarias, especialmente a través de la AIF, y en la concesión de ayuda bilateral adicional en forma de, por ejemplo, un acceso duradero a las garantías del crédito a la exportación. También será esencial que los gobiernos desempe-

7

ñen una función activa respaldando los conjuntos de ayuda financiera organizados en apoyo de los programas de ajuste.

La colaboración internacional en el terreno del ajuste y el financiamiento de la balanza de pagos no puede alcanzar eficacia plena si los programas de ajuste se encuentran obstaculizados por medidas que restringen o distorsionan los intercambios comerciales. Y, sin embargo, durante los últimos años muchos gobiernos no han sido capaces de resistir a las presiones proteccionistas, a pesar de que se proclama universalmente la intención de evitar dichas presiones. Algunas acciones emprendidas recientemente con miras a resistir al proteccionismo resultan alentadoras. Debemos recalcar la importancia de no ceder ante las presiones proteccionistas. Naturalmente hay presiones políticas, pero el pasado nos enseña que las medidas proteccionistas, aunque se impongan con carácter temporal tienen una tendencia a enquistarse y a propagarse. No solamente es dañino para el clima comercial de ciertas industrias, sino que debilita todo el ámbito de la cooperación económica y política internacional. El proteccionismo obstaculiza el funcionamiento satisfactorio del mecanismo de los precios internacionales, menoscaba la asignación eficiente de recursos y agrava los problemas de balanza de pagos y de la deuda. Por tanto, hay una necesidad urgente de que se tomen decisiones políticas de alto nivel sobre una estrategia para acelerar la liberalización del comercio y reforzar el sistema de intercambios basado en el

Se afirma algunas veces que las presiones para el proteccionismo surgen en su mayor parte como consecuencia de las variaciones de los tipos de cambio. Esto hace que algunos observadores sugieran que la colaboración debiera concentrarse en la preparación de un nuevo diseño del sistema monetario internacional, a fin de impedir o reducir las variaciones de los tipos de cambio que han caracterizado al período de flotación. Aunque es verdad que la variabilidad de los tipos de cambio tiene algunos inconvenientes, hay que admitir que, en un mundo de mercados financieros integrados y libertad de movimientos de capital, no es fácil contener dichas variaciones mediante la imposición de límites a los tipos de cambio o la intervención. Dichas variaciones son más a menudo una manifestación de la inestabilidad económica, y no la causa de la misma. La variabilidad de los tipos de cambio se debe en gran parte a las divergencias en las políticas y evolución económica de los grandes países y, en mi opinión, todos los esfuerzos debieran concentrarse principalmente en mejorar esas políticas. Por eso tiene tanta importancia que se mejore la eficacia de la supervisión que ejerce el Fondo sobre los tipos de cambio y sobre las políticas económicas nacionales y los acontecimientos internacionales que influyen en los tipos de cambio.

A fin de reforzar la capacidad del Fondo para actuar como foro de la supervisión multilateral, nos hemos basado en algunas de las iniciativas introducidas en el proceso de consultas en los últimos años. La mayoría de las consultas se efectúan ahora de forma regular cada doce meses y se presta mayor atención a la evaluación de la política comercial y el impacto de la misma en el ajuste interno e internacional. El procedimiento ha quedado ya establecido. Pero la eficacia de la supervisión multilateral dependerá de que los países miembros estén dispuestos a someter su propia política económica a las limitaciones y al espíritu de la colaboración internacional. Creemos que se logrará el objetivo de llevar a cabo una labor de supervisión plenamente equitativa.

Señor Presidente, la economía mundial ha realizado un progreso considerable en los dos últimos años. El mundo industrial ha recobrado el impulso de crecimiento, y, después de un rápido deterioro, la situación de la deuda está mejorando. Estos son resultados sólidos. Nuestro objetivo debe consistir ahora en asegurar el crecimiento sostenido para todos los países, sobre una base financiera firme.

Creo que puede lograrse dicho objetivo. Sin embargo, no puede lograrse sin un continuo compromiso de seguir aplicando políticas no inflacionarias. Todavía no ha terminado la lucha contra la inflación. Tenemos que mantener el mismo rumbo y resistir las presiones de diversas procedencias, que pretenden ablandar la disciplina financiera. La lección de los años setenta es bien clara y nos indica que las políticas inflacionarias miopes conllevan un costo elevado en los que se refiere al crecimiento y al empleo. También hemos aprendido otra lección: los que han estado prediciendo el fracaso desde el comienzo de la crisis de la deuda se han equivocado. La acción y la cooperación son posibles y si se las aplica con determinación pueden conducir al éxito. Si se tienen en cuenta estas lecciones, podemos tener confianza en que los resultados económicos serán más sólidos y sostenibles durante la segunda mitad de los años ochenta.

> II Discurso de A. W. Clausen ante la Junta de Gobernadores del Banco Mundial y de la Corporación Financiera Internacional*.

Señor Presidente, señoras y señores:

Bienvenidos todos a estas Reuniones Anuales, y muy especialmente los distinguidos delegados de nuestro nuevo país miembro, San Cristóbal y Nieves.

Desde que nos reunimos aquí hace un año se ha logrado un considerable progreso hacia el logro de la recuperación económica mundial. En la mayoría de los países industriales esa recuperación ya está bas-

SEPTIEMBRE 1984

^{*} Washington, D. C., EE.UU. 24 de septiembre de 1984.

tante afianzada, y la inflación ha disminuido. Es probable también que en 1984 el desempeño económico de los países en desarrollo sea más favorable que en 1983, y que mejore aún más en 1985.

Se prevé que el crecimiento económico de los países miembros de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE) sea superior al 4% este año. En los países en desarrollo en su conjunto, ahora se proyecta que ese crecimiento se elevará del 1% registrado en 1983 al 3,5% en 1984.

Cabe esperar que el crecimiento de los países industriales en 1984 sirva de estímulo para que el volumen de las exportaciones de las naciones en desarrollo aumente en aproximadamente 7,5% en el año en curso. Esa evolución, junto con un monto limitado de empréstitos netos, permitirá que las importaciones se incrementen a razón de alrededor del 6% durante el año, permitiendo así una cierta reposición de las agotadas reservas, lo cual es alentador. No debemos olvidar, sin embargo, que la solidez y duración de esta tendencia dependerá en gran medida de que no se detenga la recuperación en los países industriales.

Un creciente número de naciones, tanto industriales como en desarrollo, ha iniciado las arduas reformas de las políticas que se precisan para alcanzar un crecimiento sostenido y no inflacionario. Como se señala en nuestro Informe sobre el Desarrollo Mundial 1984, en el próximo decenio será posible fraguar una economía mundial más vigorosa si se adoptan reformas realistas y generalizadas de las politicas - reformas tendientes a reducir los gastos públicos y los déficit de balanza de pagos, a estimular la expansión del comercio mundial, a fomentar las corrientes de capital internacional, a implantar cambios estructurales en las economias y a eliminar los obstáculos que se oponen a la eficencia económica -. La tarea a realizar es larga y compleja, pero debe iniciarse sin demora alguna.

A medida que se afiance la recuperación, no debe abrigarse ninguna duda sobre la enorme magnitud de los problemas que todavía confronta la economía mundial ni sobre el alcance de las obligaciones que tienen todos los miembros de la comunidad internacional de ayudar a aliviar esos problemas.

Si bien es posible que hayamos superado la peor fase de la crisis del endeudamiento, muchos países —y el propio sistema bancario mundial— siguen expuestos a los riesgos que acarrea el elevado volumen de la deuda, que es preciso llevar a niveles más manejables.

En algunas de las naciones más pobres del mundo pueden percibirse indicios del restablecimiento de tasas de crecimiento positivas. Pero en muchas de ellas continúa el retroceso económico, y los nefastos efectos de la corrosiva y persistente pobreza todavía sofocan las esperanzas de millones y millones de

nuestros semejantes en todo el mundo. Esa espantosa situación en que se encuentran tantísimos seres humanos es intolerable para todos nosotros.

Este pasado año se ha hecho mucho para reavivar el impulso del crecimiento mundial, particularmente mediante medidas internas adoptadas por los distintos países. Ahora todavía queda mucho por hacer a fin de fortalecer los mecanismos para difundir ese crecimiento, especialmente en el mundo en desarrollo. Durante los años venideros se precisará una cooperación internacional todavía más profunda y amplia. En las políticas que apliquen y las medidas que tomen los principales países industriales, especialmente en el plano multilateral, debe tenerse presente el hecho insoslayable de la creciente interdependencia económica de todas las naciones, tanto ricas como pobres. Si no se intensifica la cooperación internacional, no podremos lograr que se atenúen las presiones políticas y económicas en el ámbito internacional ni contribuir eficazmente a reducir las proporciones de la miseria humana. Las fibras del multilateralismo deben entrelazarse para formar un tejido más sólido; en ningún momento debe permitirse que se desgasten.

El Banco Mundial ha procurado intensificar su actuación en pro de la cooperación internacional en los últimos años. Ha actuado en forma eficaz e innovadora para abordar los problemas cada vez más apremiantes que encaran sus países miembros en desarrollo. Consciente de la necesidad de fortalecer aún más la cooperación internacional para que puedan resolverse los problemas económicos comunes, habrá de esforzarse en los próximos años por robustecer sus actividades en la esfera de la coordinación y el asesoramiento, así como su papel de elemento catalizador. No podrá tener éxito en este empeño, sin embargo, si no cuenta con el decidido apoyo y resuelto compromiso de sus países miembros.

Abrigo la firme esperanza de que ustedes, que son nuestros accionistas y los dirigentes financieros de nuestro 147 países miembros, aprovecharán la oportunidad que ofrecen estas Reuniones Anuales para reafirmar su inquebrantable compromiso de ampliar la cooperación internacional. Deseo instarles a que usen este foro para respaldar nuestra decisión declarada de promover el fortalecimiento de vuestras instituciones para que puedan afrontar los desafios que tienen ante sí.

En este sentido quisiera, primero, esbozar el alcance de nuestros esfuerzos más recientes por reaccionar eficazmente ante los problemas planteados por las actuales tendencias de la economía mundial; segundo, describir las tendencias que percibimos para el decenio venidero y el entorno en que tendremos que funcionar, y, tercero, formular algunas propuestas sobre la forma en que podrá utilizarse plenamente el potencial del Banco Mundial en los años restantes del presente siglo.

Durante el ejercicio recién terminado, los compromisos financieros contraídos por el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF) y la Asociación Internacional de Fomento (AIF), junto con las inversiones efectuadas por la Corporación Financiera Internacional (CFI), fueron algo superior al total de los compromisos del ejercicio anterior: \$ 16.200 millones frente a \$ 15.300 millones*.

Ahora bien, estas cifras globales correspondientes al ejercicio de 1984 no pueden por sí solas dar una idea cabal de la magnitud de la tarea que supone la preparación de un programa crediticio de alta calidad en las muy dificiles circunstancias económicas en que hemos venido actuando.

Una prioridad crucial para nosotros ha sido la prestación de asistencia a las naciones en desarrollo más pobres, muchas de las cuales son las que más sufren o han sufrido a causa de las conmociones económicas experimentadas por el mundo a principios de los años ochenta. Los serios problemas que ya pesaban sobre los países de Africa al sur del Sahara se han visto agravados por la sequía que más daños ha causado en los últimos quince años. La persistente disminución del ingreso per cápita en muchas de estas naciones exige la adopción inmediata de medidas enérgicas por todas las partes interesadas a fin de invertir esa tendencia descendente. Durante el pasado ejercicio hemos redoblado nuestros esfuerzos por ayudar a nuestros países miembros más pobres a hacer frente a estos problemas. Hemos tratado de prestarles asistencia apoyando sólidas inversiones destinadas a proyectos y proporcionándoles asesoramiento y estímulo para la ejecución de sus ambiciosos y dificiles programas de reforma de las políticas.

Han seguido en aumento nuestras operaciones en Africa al sur del Sahara y en las naciones más pobres de Asia. Actualmente alrededor del 93% de todo el financiamiento que suministra la AIF se encauza a países con un ingreso per cápita medio inferior a \$ 410 al año, cifra que supone un nivel de privación que es de todo punto inaceptable. El total de los créditos de la AIF ascendió a \$ 3.600 millones en el ejercicio recién terminado, lo que supone un aumento del 7% respecto del ejercicio anterior. En estos momentos, lamentablemente, no parece probable que podamos comprometer una suma muy superior a \$ 3.000 millones en el actual ejercicio, cifra que representa una disminución del 20% en términos nominales y mucho mayor en términos reales. Pero la AIF seguirá atribuyendo la máxima prioridad a los países de Africa al sur del Sahara, a pesar de la escasez cada vez mayor de recursos en condiciones concesionarias.

Hace apenas unos meses, nuestro Directorio Ejecutivo aprobó una resolución relativa a una séptima reposición de los recursos de la AIF de \$ 9.000 millones. No creo que necesito reiterar en este foro cuán

enorme y apremiante es la necesidad que tienen las naciones más pobres de financiamiento en condiciones concesionarias ni cuán decepcionados nos sentimos de que no haya sido posible llegar a un acuerdo sobre un volumen mayor de fondos para esa reposición. Es imprescindible que las naciones donantes de la Asociación actúen sin demora para obtener la aprobación legislativa necesaria a fin de activar el plan de contribuciones anticipadas a la séptima reposición de los recursos de la AIF.

Cuando concluyeron las negociaciones sobre dicha reposición, una gran mayoría de las naciones nos dieron el mandato de tratar de obtener fondos adicionales en condiciones concesionarias. Hasta ahora nuestras gestiones en ese sentido no han tenido éxito. lo que es sumamente desalentador. De acuerdo con las sugerencias formuladas por los donantes, volveremos a plantear esta cuestión el próximo año cuando realicemos el examen de mediados del período abarcado por la séptima reposición. Es esencial, sin embargo, que nuestros países miembros donantes reconozcan cuán eficaz es la AIF y cuán aguda es la necesidad que tienen las naciones más pobres de contar con un volumen mucho mayor de fondos en condiciones concesionarias. Por esta razón, seguiremos examinando con los distintos donantes las posibilidades de obtener recursos adicionales.

Siempre que ha sido compatible con una actuación prudente, hemos suministrado a algunos países miembros de ingresos más bajos una combinación de financiamiento de la AIF y del BIRF. Nos sentimos verdaderamente complacidos por haber podido canalizar una cantidad significativa de asistencia del BIRF a naciones muy grandes como China y la India -naciones cuyo crédito internacional se ha incrementado y cuyos gobiernos han venido aplicando políticas y programas que les han permitido alcanzar últimamente impresionantes tasas de crecimiento económico. Ahora bien, el que podamos seguir aportando un volumen importante de asistencia a estos países de gran tamaño dependerá en grado considerable de nuestra capacidad para suministrarles también un nivel adecuado de recursos de la AIF.

La situación de las naciones con mayor capacidad crediticia, aquellas que reúnen todas las condiciones para recibir préstamos del BIRF, no ha recibido menos atención de nuestra parte. Algunas de ellas, particularmente de Asia Oriental, han podido capear la reciente recesión en forma notablemente satisfactoria, en gran medida gracias a que formularon y aplicaron políticas económicas apropiadas. Estas naciones han adoptado estrategias orientadas al exterior, acompañadas de una gestión económica flexible, así como estructuras de precios internos

Todas las cantidades de dinero se expresan en su equivalente en dólares de los Estados Unidos.

cada vez más realistas, factores todos que a nuestro juicio han contribuido mucho a que hayan podido gozar de otro año de alentador progreso económico.

Varios otros países en desarrollo de América Latina y Europa Meridional, que en los años setenta experimentaron un rápido crecimiento, han seguido luchando contra la pesada carga de su endeudamiento y aún se encuentran en un arduo proceso de ajuste. La mayoría de ellos todavía tendrá que recorrer un largo camino antes de poder alcanzar tasas de crecimiento comparables a las que tuvieron en los decenios de 1960 y 1970. En algunos de estos países las tasas de aumento del PIB todavía están estancadas, o incluso están disminuyendo. Gracias al proceso de ajuste, otros países de este grupo —especialmente México— han podido comenzar a escalar la larga y difícil pendiente hacia la reanudación de la estabilidad y, esperamos, también de la prosperidad.

Un aspecto destacado de las actividades del Banco es la prestación de ayuda a las naciones que enfrentan difíciles ajustes de sus políticas. A fin de que nuestra labor pudiera ser eficaz, tuvimos que actuar en forma especialmente flexible. Según se fueron concretando cambios importantes en las prioridades en materia de políticas, tuvimos que proceder aceleradamente para reformular muchos de nuestros programas crediticios. En el curso del ejercicio pudimos revisar el 40% del programa crediticio del BIRF. La rapidez y eficacia con que se llevó a cabo esa tarea es un tributo a la idoneidad y alto grado de profesionalismo del personal del Banco.

El BIRF realizó préstamos por un total de \$11.900 millones durante el ejercicio recién terminado. Quisiera subrayar, sin embargo, que nos interesa más la calidad de nuestras operaciones que su cuantía. Consideramos asimismo que nuestras actividades de análisis y asesoramiento son por lo menos igualmente importantes para nuestros países miembros prestatarios que el volumen exacto de recursos que aportamos.

Hemos estado muy conscientes de la necesidad de seguir fortaleciendo y ampliando los servicios que facilitamos a nuestros países miembros prestatarios. Ultimamente iniciamos programas de acción especial; incrementamos nuestro financiamiento en apoyo de la reforma de las políticas, comenzando a otorgar préstamos para ajuste tanto estructural como sectorial; intensificamos nuestras actividades de análisis económico de sectores y países; elevamos nuestro financiamiento para asistencia técnica; ampliamos nuestras investigaciones, por ejemplo, en las esferas del comercio y la deuda, y aumentamos las actividades del Instituto de Desarrollo Económico.

Al mismo tiempo, hemos venido fortaleciendo la base financiera del BIRF. Durante el pasado ejercicio obtuvimos en préstamo un total de \$ 9.800 millones, y en el actual nuestro programa de empréstitos debe ser todavía mayor. Las tenencias de efectivo y las inversiones líquidas del BIRF habían subido a casi \$ 15.000 millones a fines del ejercicio de 1984, y sus ingresos netos fueron de unos \$ 600 millones. El reconocimiento de que nuestras políticas financieras han sido prudentes y sólidas se refleja claramente en el constante entusiasmo de los inversionistas por las nuevas ofertas que hacemos en el mercado. En un período en que los tipos de interés han experimentado una tendencia en general ascendente, hemos podido rebajar el tipo de interés sobre nuestros préstamos, del 10,4% cuando comenzó el ejercicio de 1984 al 9,89% al iniciarse el de 1985. Y confio en que podremos seguir reduciéndolo en el curso de este ejercicio.

Además, en el mes de agosto la Junta de Gobernadores aprobó una resolución que prevé un aumento selectivo del capital del BIRF de \$ 8.400 millones, medida por la que nos sentimos profundamente reconocidos. Como usted sabe, señor Presidente, la adopción de esta medida involucró cambios importantes en las posiciones relativas de los principales accionistas del BIRF. Nos complace mucho dar la bienvenida al Japón como nuestro segundo mayor accionista, y manifestarle cuánto agradecemos su intención declarada de desempeñar una función cada vez más activa en el Banco. Quisiera manifestar también nuestro reconocimiento a aquellos accionistas cuya generosa actitud permitió que estos cambios se concretasen en realidad.

Nuestros intentos por fortalecer la función catalitica de estas instituciones, particularmente en lo que se refiere a estimular las corrientes de inversión privada hacia los países en desarrollo, han sido un elemento de importancia decisiva en los esfuerzos que desplegamos en los últimos años por incrementar aún más nuestra eficiencia e imprimir un carácter más innovador a nuestras actividades.

La CFI se ha abocado en forma vigorosa a la tarea de ayudar a satisfacer la creciente necesidad que tienen sus países miembros en desarrollo de inversiones privadas extranjeras directas. Durante el pasado ejercicio aprobó 62 proyectos, que representan una inversión bruta de \$ 700 millones y cuyo costo total se estima en \$ 2.500 millones. Además de coadyuvar a la creación de nuevas empresas privadas y de capacidad adicional de producción, las operaciones de la CFI han ayudado a empresas existentes del sector privado a superar los efectos de la prolongada recesión económica, respaldando su modernización y reestructuración a fin de permitirles mejorar su productividad y ajustarse a los cambios en los precios y en los mercados.

La Junta de Directores de la CFI recientemente examinó un nuevo programa quinquenal para la institución y aprobó una resolución por la que se solicita a los Gobernadores que autoricen un aumento de su capital de \$ 650 millones, medida que agradecemos profundamente. En virtud del nuevo programa, además de intensificar la asistencia que suministra para la reestructuración de empresas, la CFI prestará mayor atención al desarrollo de mercados e instituciones financieras en los diversos países y diversificará sus operaciones comenzando a actuar en nuevos sectores, entre ellos la exploración de energía. Como complemento de las actividades del Banco Mundial en Africa al sur del Sahara, la Corporación intensificará considerablemente sus actividades de inversión y asistencia técnica en esa región.

Instamos a los señores Gobernadores de la CFI a que aprueben rápidamente el aumento del capital que se ha recomendado, de modo que la institución pueda seguir avanzando y convertirse en un catalizador todavía más eficaz para el fomento del sector privado.

Mientras tanto, el Banco Mundial ha seguido perfeccionando y ampliando sus métodos de cofinanciamiento. Debido a que las condiciones mundiales han sido particularmente difíciles, el monto del cofinanciamiento alcanzado en el ejercicio de 1984 es menor del que hubiéramos deseado. Aun así, durante dicho ejercicio se movilizaron casi \$ 1.000 millones de recursos de bancos comerciales a través del programa piloto de préstamos "B", cifra que representa mucho más del 10% de los nuevos préstamos voluntarios otorgados por dichos bancos durante ese período a los países del Tercer Mundo. Estamos dispuestos a ensayar con los bancos, los organismos de crédito a la exportación y las instituciones oficiales de asistencia cualquier técnica de cofinanciamiento que contribuya a satisfacer sus necesidades y las nuestras con objeto de estimular las corrientes de recursos de esas fuentes hacia proyectos prioritarios en las naciones en desarrollo.

A fin de promover una corriente todavía mayor de inversiones privadas hacia los países en desarrollo, hemos preparado un nuevo plan para la creación de un organismo multilateral de garantía de inversiones. Estamos discutiéndolo ahora con el Directorio Ejecutivo, y en breve plazo comenzaremos el proceso de consultas con nuestros países miembros sobre sus detalles. Un organismo como el propuesto garantizaría las inversiones efectuadas por otros países miembros contra riesgos de carácter no comercial. También proporcionaría información sobre oportunidades de inversión, prepararía estudios y proporcionaría asesoramiento sobre las políticas en materia de inversiones extranjeras de los diversos países. Estimamos que un organismo de esta indole complementaría la labor de los diversos organismos nacionales y regionales de garantía de inversiones que ya están en funcionamiento.

Durante el pasado ejercicio seguimos atribuyendo la máxima prioridad en nuestro programa crediticio a los sectores de agricultura y desarrollo rural y de energía. Nos hemos preocupado especialmente por los aspectos ambientales del proceso de desarrollo y por la necesidad de concentrar más la atención en la función vital que desempeña la mujer en dicho proceso. Hemos tratado asimismo de intensificar nuestra cooperación con otros organismos, tanto oficiales como no gubernamentales, procurando aprovechar nuestra ventaja comparativa en colaboración con la de ellos, y tenemos el propósito de profundizar aún más esta cooperación. Sólo en esa forma será posible luchar eficazmente contra la pobreza y en favor del progreso socioeconómico.

Indudablemente todavía queda mucho por hacer para asegurar el logro de los niveles más elevados de corrientes de capital privado y público a los países en desarrollo, que son esenciales para restablecer el impulso del desarrollo, interrumpido tan decisivamente por la recesión global, y para mejorar las perspectivas a largo plazo de esos países. Permítanme recalcar, sin embargo, que los problemas del mundo en desarrollo no pueden, ni podrán, resolverse exclusivamente mediante niveles cada vez mayores de asistencia externa. El elemento de importancia crucial será el compromiso de cada país en desarrollo de implantar cambios apropiados en sus políticas internas. No olvidemos nunca que la ayuda empieza por casa.

Como hemos subrayado en todo momento, es obvio que no hay soluciones rápidas y fáciles para los ingentes problemas que enfrentan los países en desarrollo. En las esferas del comercio, la deuda, la gestión económica y la población, estos países tienen un largo camino ante si. Esto significa que toda la comunidad internacional también habrá de recorrer un largo camino. Por consiguiente, a fin de ponernos en condiciones de ofrecer la máxima avuda a nuestros países miembros en desarrollo, hemos venido estudiando cuidadosamente el entorno a plazo medio -hasta mediados del decenio de 1990- en que tendremos que operar. Quisiera, pues, compartir con ustedes algunas ideas sobre las cuestiones clave que. en nuestra opinión, habrán de influir en la determinación de la función del Banco Mundial en el decenio venidero.

Al mirar hacía el futuro para decidir la forma en que el Banco podrá atender mejor las necesidades de sus países miembros prestatarios en el próximo decenio, hemos tratado de analizar las perspectivas económicas que las naciones en desarrollo encararían con arreglo a diversos supuestos. Ese análisis se expone extensamente en nuestro Informe sobre el Desarrollo Mundial 1984, y el principal mensaje que se deriva de él es evidente: sean cuales fueren los esfuerzos internos que realicen nuestros países miembros prestatarios, la indole de las perspectivas que enfrentarán dependerá todavía en gran medida del rumbo que decidan seguir las naciones industriales.

No podemos predecir cuál será ese rumbo: si será el de la reforma, que a nuestro juicio es esencial, o el de seguir actuando como hasta ahora, lo que consideramos expondrá al mundo a considerables riesgos. Pero una cosa es indudable: cualquiera que fuere el rumbo que tomen las naciones industriales, el medio económico en que los países en desarrollo lucharán por impulsar su crecimiento a fines del decenio de 1980 y principios del de 1990 será muy diferente del que prevaleció en los años setenta. En ciertos aspectos, es casi seguro que será más desfavorable.

Permitanme que les hable sobre algunas cuestiones clave a este respecto.

Primero, el mundo en desarrollo no está integrado por un conjunto monolítico de países, sino que existen grandes diferencias en cuanto al desempeño y las perspectivas entre los distintos grupos. Estas diferencias podrían intensificarse, y dentro de los diversos grupos es probable que surjan discrepancias más pronunciadas. Por ejemplo, en Africa al sur del Sahara existe la probabilidad de que las tasas medias de crecimiento anual sean inferiores al 3% y de que en algunas naciones el crecimiento sea nulo. De acuerdo con supuestos optimistas, consideramos que es posible que los países de ingresos medianos alcancen tasas medias de crecimiento anual superiores al 6%. Pero dentro de este grupo seguirá habiendo algunos países con un elevado nivel de endeudamiento que registrarán tasas de crecimiento mucho más bajas. Estas crecientes diferencias en las perspectivas y el desempeño de los países deben tomarse plenamente en cuenta al formular las estrategias de cooperación internacional para el decenio venidero, y particularmente al formular las estrategias operativas del Banco.

Una segunda cuestión clave se relaciona con el financiamiento en condiciones comerciales a los países del Tercer Mundo. El aumento de los préstamos de los bancos comerciales estará muy por debajo de la excepcional tasa anual medía del 19% ocurrida en el período de 1973 a 1980. En el mejor de los casos, prevemos que el financiamiento privado se mantendrá en un nivel constante en términos reales entre el momento actual y 1995. En el peor de los casos, podría disminuir hasta en un 40% o un 50%.

Cabe prever que la confianza de los acreedores, particularmente en lo que respecta a los países con un fuerte volumen de endeudamiento, siga siendo frágil durante algún tiempo. En esas circunstancias, es obvio que todas las partes se beneficiarían de un marco más realista para los préstamos y los empréstitos en condiciones comerciales que el prevaleciente en los años setenta.

Para reavivar el crecimiento y después afianzarlo, serán indispensables cuantiosas corrientes netas de capital a los países en desarrollo de ingresos medianos. Ante la perspectiva de que se aminore el ritmo de aumento de los préstamos en condiciones comerciales, es esencial que se incrementen los préstamos oficiales y las inversiones privadas directas.

La tercera cuestión clave a que deseo referirme es el hecho de que el grupo de países que ahora tiene un fuerte volumen de endeudamiento habrá de seguir bregando en circunstancias sumamente dificiles en el futuro previsible. Ni siquiera la combinación de un intercambio mundial en expansión, un descenso significativo de los tipos reales de interés y la aplicación constante de sólidas políticas económicas y financieras en esos países permitiría que el consumo per cápita de muchos de ellos volviera a alcanzar los niveles registrados en el decenio de 1970.

Si no se da esa combinación de factores favorables, ¿cuáles son la perspectivas para los países con un alto nivel de endeudamiento? ¿Qué sucederia si los tipos de interés subieran en vez de bajar? ¿Y si las corrientes de capital siguieran estancadas? ¿Cuál sería la situación si las barreras proteccionistas se fortalecieran más en vez de eliminarse? ¿Qué consecuencias tendría que la calidad de la gestión y el desempeño de las economías nacionales disminuyera en vez de mejorar?

Todos esos reveses o cualquiera de ellos demorarían aún más la solución de los graves problemas de endeudamiento que experimentan esos países y debilitarían su capacidad para avanzar hacia la reanudación de un crecimiento no inflacionario.

Las fuertemente endeudadas naciones de América Latina están realizando penosos y valientes esfuerzos para lograr el ajuste en sus economías. Las drásticas medidas de ajuste adoptadas por México han contribuido notablemente a fortalecer la posición externa del país, aminorando el ritmo de inflación de los precios internos y mejorando en general sus perspectivas económicas. La actuación de México ha sido impresionante, y el acuerdo que la misma propició, concertado con sus acreedores respecto de una refinación multianual, es tan lógico como merecido. Con el transcurso del tiempo, los programas de reprogramación de la deuda de las naciones con un alto nivel de endeudamiento deberán apartarse de los enfoques anuales y desplazarse hacia este tipo más conveniente de acuerdo multianual.

El esfuerzo masivo de ajuste realizado por el Brasil culminó en un significativo viraje de la situación en 1983, reduciéndose a la mitad el déficit de la balanza de pagos en cuenta corriente y desacelerándose pronunciadamente el crecimiento de los empréstitos externos. Las exportaciones han aumentado, y es muy posible que en 1984 la actuación del país en esa esfera sea muy destacada. Pero los casi cuatro años de ajuste han acarreado un elevado costo en términos de niveles de producción y empleo no alcanzados. El proceso de recuperación de los países con un alto endeudamiento todavía es —y seguirá siendo—desigual y precario. El grado en que estas duras medidas de ajuste continúen considerándose aceptables en el plano político dependerá de que se logre pasar con éxito de la fase de gestión de crisis de la economía a una de recuperación, en que se reanuden las inversiones y el crecimiento. Esa transición será un proceso delicado, ya que a menos que las reformas institucionales y de las políticas estén firmemente afianzadas, la trayectoria hacia la reanudación del crecimiento podría avivar rápidamente los desequilibrios. No cabe duda alguna de que el logro de dicha transición exigirá un firme compromiso durante un prolongado período.

Si en algún caso ha habido justificación para afirmar que es más fácil hablar que actuar, es éste precisamente. Nos nos atrevemos a subestimar la complejidad del período de ajuste y transición que tenemos ante nosotros. El proceso de ajuste en los países con un elevado nivel de endeudamiento será desigual, y debemos estar preparados para enfrentar conmociones y reveses inesperados. Un enfoque flexible e innovador debe, pues, formar parte de una eficaz estrategia de ajuste para estos países y para los que les presten asistencia.

Las graves dificultades para atender el servicio de la deuda no se limitan únicamente, sin embargo, a los países de ingresos medianos conocidos como los más fuertemente endeudados. Hay otros países, por ejemplo en Africa al sur del Sahara, que han acumulado deudas cuyo volumen, aunque pequeño en términos absolutos, podría rebasar su limitada capacidad para afrontarlas, sean o no cuantiosas con relación a las exportaciones y al PIB. A fin de resolver la crisis de la deuda, estas naciones requerirán corrientes de capital externo, a tipos de interés asequibles, mucho más cuantiosas que las que ahora parecen estar en perspectiva.

Las posibilidades de que aumente el financiamiento oficial en condiciones concesionarias serán sombrías hasta mediados del decenio de 1990. Pero esas posibilidades pueden y deben modificarse. Tendrán que incrementarse el volumen y la eficacia de las corrientes de financiamiento en condiciones concesionarias, a través de cauces tanto multilaterales como bilaterales, para que puedan abordarse en forma realista los ingentes problemas que experimentan las naciones más pobres.

Otra cuestión fundamental que configurará nuestras perspectivas corresponde a la esfera del comercio. El ambiente del intercambio comercial se ha modificado significativamente en los últimos años, y no para mejor. La tendencia persistente hacia un comercio más abierto que presenciamos hasta fines de los años setenta ha sido reemplazada por la intensificación de las presiones proteccionistas y las barreras comerciales cada vez mayores.

Los peligros que entraña la pertinacia de la tendencia proteccionista son bien evidentes. Una era de crecimiento real sostenido para los países industriales y la recuperación de las naciones en desarrollo serán una mera ilusión a menos que se restablezca la liberalización del comercio. Pero si las naciones industriales no adoptan políticas que permitan afianzar más el crecimiento no inflacionario en los próximos años, se generarán inevitablemente presiones proteccionistas aún más graves. En tales circunstancias, los numerosos países que tienen cuantiosas deudas no podrían seguir atendiendo su servicio sin una reestructuración a fondo de sus obligaciones ahora vigentes. En todos los países en desarrollo, tal giro de los acontecimientos asestaría un golpe devastador a los esfuerzos por superar las dificultades actuales y avanzar hacia una era más próspera.

Es trascendental ahora que los gobiernos dejen de hacer meras declaraciones generales de interés y comiencen a adoptar medidas concretas para liberalizar el comercio antes de que los logros de los años sesenta y setenta queden neutralizados con creces por lo que se hace en el decenio de 1980. Se espera ansiosamente la pronta iniciación de una nueva ronda de negociaciones comerciales multilaterales, bajo los auspicios del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT), que se concentre en especial en las barreras no arancelarias y las cuestiones que preocupan a los países en desarrollo. Si no se realizan dichas negociaciones y persisten las presiones proteccionistas, el ambiente comercial a mediano plazo estará plagado de incertidumbre.

De los muchos otros factores que tienen efectos de importancia fundamental sobre las tendencias de desarrollo, permitanme referirme a uno cuyo impacto a largo plazo se decidirá por lo que se haga o se deje de hacer a corto y mediano plazo, el crecimiento demográfico.

En el Informe sobre el Desarrollo Mundial y en declaraciones recientes que hemos hecho en Nairobi y en la Ciudad de México, se expusieron pruebas abrumadoras para demostrar que a menos que se adopten en muchas naciones rápidas medidas para frenar el aumento de la población, el sino de enormes cantidades de personas de futuras generaciones será una pobreza intolerable. Es menester actuar ahora en la esfera de la educación, la atención primaria de la salud, la planificación familiar y la mejora de las oportunidades para la mujer de modo de producir, a largo plazo, una disminución sostenida de la fecundidad. Si no se procura corregir ahora el desajuste existente entre la población y la capacidad para producir ingresos, sin duda la pobreza y el rápido crecimiento demográfico continuarán reforzándose mutuamente durante muchos años por venir.

Al examinar la situación económica mundial que tenemos ante nosotros, no hay duda alguna de que es primordial adoptar medidas en el ámbito nacional e internacional en tres vastas esferas a fin de:

- Mejorar la política y el desempeño económicos en todos los países desarrollados y en desarrollo por igual;
 - liberalizar el comercio, y
 - · reanimar las corrientes de capital.

En el Directorio Ejecutivo se está estudiando cuáles la mejor forma en que las instituciones que integran el Banco Mundial podrán contribuir a asegurar una economía mundial más vibrante en los años venideros. Estamos analizando cada aspecto de la evolución futura de vuestras instituciones a fin de determinar las funciones que podrán cumplir más eficazmente en lo que queda de este siglo, a la luz de las tendencias económicas generales que percibimos.

Esta tarea es a la vez un reto y un estímulo. Al emprenderla no nos desviamos de nuestros objetivos primordiales: coadyuvar al logro del progreso económico y social de los países miembros en desarrollo y trabajar para aliviar la pobreza prevaleciente en ellos. Desde que el Banco inició sus actividades hace más de cuarenta años, la evolución de la institución ha sido constante, permitiéndole ayudar cada vez más eficazmente a las naciones en desarrollo en las rápidamente cambiantes condiciones económicas mundiales. Ese proceso evolutivo se ha acelerado en los últimos años. Ha llegado, por lo tanto, el momento de efectuar un examen profundo de nuestras estrategias. En particular, hemos de reconocer tres nuevas realidades en la relación del Banco con la comunidad internacional:

Primero, tal como lo confirma nuestra evaluación del ambiente a mediano plazo, entre los prestatarios del Banco hay diferencias cada vez mayores en cuanto al desempeño y las perspectivas económicas, la capacidad crediticia y las demandas de asistencia de esta institución.

Segundo, la capacidad del Banco para responder eficazmente se ve afectada más y más por sus relaciones con otros prestamistas, y

Tercero, hay una incertidumbre creciente acerca del volumen de recursos que podemos movilizar y los montos que podemos prestar.

Nuestras funciones futuras estarán determinadas tanto por las fuerzas externas como por las decisiones internas, lo que hace que sea especialmente importante avanzar para llegar a un consenso en lo relativo a este esfuerzo. La evolución de vuestras instituciones en años recientes, combinada con las evidentes tendencias que conformarán la situación en el decenio próximo, nos proporcionan ya una base para esbozar algunos de los temas clave en los que debemos concentrarnos.

Consideremos en primer lugar nuestra capacidad para responder a las necesidades de nuestros países en desarrollo de ingresos medianos, y luego encaremos las necesidades de los de bajos ingresos. Para todas las naciones, incluidas las de ingresos medianos que han tenido un desempeño relativamente satisfactorio en los últimos años, el ajuste será el orden del día en los años venideros y, como señalé antes, no se trata de una tarea fácil. La función del Banco Mundial es apoyar los esfuerzos de ajuste mediante el financiamiento de inversiones, los análisis económicos y el diálogo, y la concesión de préstamos que apoyen el cambio de las políticas y las reformas institucionales. El objetivo de nuestros préstamos son los cambios estructurales a plazo más largo, tales como la fijación de precios apropiados en los sectores de la agricultura y de la energía, y la eliminación de los sistemas de incentivos de sesgos que desfavorecen las exportaciones.

En el caso de muchas de estas naciones de ingresos medianos, prevemos que no disminuirá la necesidad de esta asistencia hasta que se hayan fortalecido lo suficiente para poder depender exclusivamente de los mercados financieros mundiales.

Con respecto a las de ingresos medianos que tienen las deudas más cuantiosas, hasta la fecha nuestras conversaciones se han centrado primordialmente en diversas cuestiones críticas, entre ellas:

- la posible función del Banco como intermediario financiero.
- la índole y el alcance del diálogo sobre políticas del Banco, y
- las posibilidades de una función catalítica más amplia para el Banco.

A pesar de la fundamental y perdurable solidez económica de muchos de los países con grandes deudas, la pesada carga que éstas imponen limitará el crecimiento en el futuro previsible. Por esa razón, pensamos que el Banco Mundial tendrá una función continuada que cumplir en los países de ingresos medianos fuertemente endeudados en apoyo de los esfuerzos que se realicen por preparar y poner en práctica estrategias multianuales que combinen un constante proceso de ajuste con el restablecimiento de las inversiones y del crecimiento. En lo relativo a ese restablecimiento, deberemos alentar las medidas tendientes a fortalecer la capacidad crediticia y movilizar nuevos recursos externos. El progreso que se está logrando en la reestructuración de la deuda vigente es muy alentador. Pero no soluciona el problema del financiamiento del crecimiento futuro. Esta es la razón por la cual es tan fundamental la movilización de nuevos recursos. Y es también la razón por la cual nuestra relación con estos países debe ser la de socio y catalizador, ayudándolos y alentándolos para que formulen e implanten políticas conducentes al crecimiento, a una mejor capacidad crediticia y a corrientes de nuevos fondos.

La asistencia del Banco en los años venideros debe, en consecuencia, respaldar medidas de ajuste arraigadas en el cambio institucional y la reforma de las políticas. Debemos estar preparados para otorgar préstamos en apoyo de cambios importantes de políticas en momentos críticos que, al nivel de los países, tengan un grado apreciable de adicionalidad. Al mismo tiempo debemos, por supuesto, seguir prestando asistencia para proyectos —una asistencia que es vital para el fortalecimiento de las perspectivas de inversión y de crecimiento a largo plazo de los países—.

Es, pues, evidente que un mayor hincapié en los préstamos en apoyo de las reformas de las políticas no implica un marcado y repentino cambio de nuestra función. Se trata de una evolución gradual que resguarda los aspectos positivos de nuestras actividades tradicionales, al tiempo que nos brinda una mayor flexibilidad para proporcionar los tipos de apoyo que necesitan perentoriamente nuestros países miembros y que probablemente seguirán necesitando en el decenio venidero. Esta evolución no diluirá en forma alguna la esencia de la función del Banco como financiador principal de la inversión para promover el desarrollo a largo plazo.

Una de las formas principales de apoyo que buscan estos países de ingresos medianos se relaciona con su fuerte dependencia de las fuentes privadas de financiamiento. Es aquí donde el Banco ha de ampliar su función catalítica en apoyo de corrientes renovadas y sostenidas de capitales comerciales.

En este contexto, el cofinanciamiento es un elemento fundamental. Un objetivo importante de los esfuerzos del Banco en esta materia es inducir una corriente de fondos comerciales con vencimientos a largo plazo apropiados para el financiamiento del desarrollo. Nuestro programa piloto de préstamos "B" ha sentado una base para la evolución futura de estos instrumentos, que debemos alentar plenamente. En este aspecto, necesitamos examinar más a fondo las posibles aplicaciones de la facultad de garantía del BIRF.

A modo de complemento de la función catalítica que desempeña la CFI en la promoción de la inversión privada directa en los países en desarrollo, el Banco está muy interesado en coadyuvar al fortalecimiento del marco de incentivos para los inversionistas privados. Desde hace mucho tiempo, el aporte al desarrollo de la infraestructura básica que respalda la actividad del sector privado ha sido una característica de las operaciones del Banco. Nuestros estudios y nuestras conversaciones sobre políticas con los gobiernos miembros pueden contribuir a indicar el camino hacia dicho fortalecimiento del marco de incentivos. Y un servicio multilateral de garantía de inversiones podría no sólo atraer nuevamente a los inversionistas extranjeros desalentados por las pérdidas derivadas de la imposición de controles cambiarios, sino también proporcionar las seguridades que necesitan los nuevos inversionistas. A medida que continuemos nuestras deliberaciones sobre la futura función del Banco, tendremos muy presente estas consideraciones.

La ampliación de las funciones del Centro Internacional de Arreglo de Diferencias Relativas a Inversiones (CIADI) debería contribuir asimismo a fortalecer el marco de incentivos para los inversionistas privados. La expansión del ámbito geográfico de aplicación del Convenio del CIADI, que tiene lugar actualmente, puede influir mucho para promover una atmósfera de confianza mutua entre los inversionistas y los estados.

En muchos aspectos la evolución de los instrumentos del Banco que actúen como catalizadores se encuentra todavía en sus primeras etapas. A fin de ayudar a ampliar el flujo de capital comercial en condiciones apropiadas hacia nuestros países miembros de ingresos medianos, debemos seguir explorando incesantemente el potencial catalítico del Banco.

En el otro extremo del espectro de nuestros diversos prestatarios se encuentran los países de bajos ingresos. Es imperativo asegurarles una corriente constante de capital externo en condiciones apropiadas. Las graves limitaciones en la disponibilidad de financiamiento en condiciones concesionarias que es, principalmente, lo que requieren con urgencia, plantean una amenaza sumamente seria para muchos de estos países. El inmenso esfuerzo por restablecer el crecimiento económico, aliviar la pobreza y acelerar el progreso social se ve socavado por la enorme insuficiencia de la asistencia externa en condiciones concesionarias.

Actualmente en Asia, sea en los países muy grandes de la región. China e India, o en países como Bangladesh o Birmania, para mencionar sólo unos pocos, la lucha por aliviar la pobreza es motivo de profunda preocupación para todos nosotros. Es evidente que se necesitan muchos y diversos cambios de políticas en los países de bajos ingresos de la región. Pero es también igualmente claro que tales cambjos deben apoyarse con una corriente constante de capital del tipo que proporciona la AIF.

El desempeño económico de la India en los últimos años ha sido ciertamente impresionante y se ha consolidado ya su impulso hacia un progreso sustancial. La mayor parte de su programa de inversiones se financia con sus propios recursos, pero a pesar de ello el capital externo cumple una función crucial. Para mantener el impulso actual, sin riesgo de un marcado aumento de la relación del servicio de su deuda, la India requiere un flujo continuado de fondos en condiciones concesionarias. Tal como ocurre en el caso de China, las corrientes de este tipo de asistencia para la India, medidas de acuerdo a cualquier indicador de equidad o de necesidad, son de hecho muy bajas. Durante varios años, la India seguirá requiriendo la ayuda tanto de la AIF como del BIRF, y la comunidad internacional deberá esforzarse por atender sus necesidades a fin de no erosionar los sustanciales avances económicos que ha logrado durante el último cuarto de siglo.

Nuestro parecer con respecto a China es similar. En el curso de los próximos cinco a diez años, sus necesidades en materia de inversiones -para la ampliación de la infraestructura de transporte, el aumento de la producción de energía y de materias primas, la modernización de la industria y el mantenimiento de un adecuado crecimiento de la agricultura— serán muy grandes. China no podrá depender únicamente de los mercados de capital para obtener el financiamiento externo que requerirá. Las fuentes oficiales de financiamiento, tales como el programa de préstamos del Banco Mundial en China, serán fundamentales para atender sus necesidades. Y es esencial un flujo de fondos en condiciones concesionarias, como los que proporciona la AIF, en especial en apoyo del desarrollo agrícola y rural.

Pero no hay lugar alguno en el cual la asistencia en condiciones concesionarias revista importancia más crucial que en el esfuerzo por hacer frente a la crisis cada vez más aguda de los países de Africa al sur del Sahara, la región de máxima prioridad para el Banco Mundial. Permítanme decir ahora algo acerca de esa persistente crisis y de las medidas que a nuestro juicio se requieren para superarla.

Las naciones africanas y muchas otras nos solicitaron que preparásemos un programa de acción para Africa al sur del Sahara que abordase frontalmente sus graves problemas humanos, sociales y económicos. Hemos respondido a estas solicitudes y publicado nuestro programa esta semana.

Nuestro informe hace un llamamiento en pro de la adopción de medidas urgentes por la comunidad internacional, y estamos ansiosos por unirnos a otros organismos multilaterales, a organizaciones regionales de Africa y a organismos bilaterales y no gubernamentales para proceder a la ejecución de un programa vigoroso en los meses y los años venideros.

Las consultas efectuadas durante la preparación de este programa nos han indicado claramente que está surgiendo un consenso en cuanto a lo que es menester hacer para reanudar el crecimiento sostenido de la región después de más de diez años no sólo de estancamiento sino de real retroceso. Las opiniones en cuanto a la cronología y a las prioridades pueden diferir, pero la demora en la adopción de medidas ya no puede justificarse en razón de desacuerdos importantes de diagnóstico y prescripción.

Las medidas propuestas se ubican en un marco cuyo objetivo es aumentar la confianza tanto de los gobiernos africanos como de la comunidad internacional en que un esfuerzo común sostenido puede producir resultados, y los producirá. La repercusión de algunas medidas tal vez sea inmediata; otras tomarán más tiempo para rendir sus beneficios.

No olvidamos ni siquiera por un momento que se precisan urgentemente medidas internacionales que contribuyan a atender necesidades de emergencia de ayuda alimentaria y otros tipos de asistencia de índole humanitaria. Las recomendaciones de este informe se relacionan con cuestiones de estrategia y política de desarrollo. Pero en tal carácter son complementarias y adicionales a las medidas de emergencia que deben adoptarse en el frente humanitario.

El programa consta de seis elementos principales:

- La preparación y ejecución de programas nacionales de rehabilitación y desarrollo por los gobiernos de los países de Africa a fin de aumentar la eficiencia en la utilización de los recursos financieros y humanos.
- Un mayor apoyo de los donantes para los programas que hacen frente a las limitaciones del desarrollo a largo plazo.
- Más flexibilidad y más financiamiento de los donantes para las reformas de las políticas.
- Una prioridad más alta para el suministro de fondos a programas de operaciones y mantenimiento con objeto de utilizar plenamente las inversiones e infraestructura existentes.
- Un uso más eficaz de la asistencia externa mediante una mejor coordinación entre los donantes.
- La adopción de medidas por los donantes para mantener las corrientes netas de capital hacia los países de Africa al sur del Sahara por lo menos en los niveles de 1980-1982.

El éxito que se logre en la ejecución de las recomendaciones del informe dependerá de los esfuerzos combinados de los gobiernos africanos y de la comunidad internacional. El Banco Mundial está preparado para asumir una función principal en un esfuerzo compartido y coordinado orientado a proporcionar más apoyo a los programas de desarrollo de Africa, y podemos hacerlo trabajando en estrecha relación con los gobiernos de estos países, los donantes y las organizaciones internacionales.

Esta función más activa del Banco tiene varios elementos clave:

- A través de nuestro diálogo sobre políticas, nuestras investigaciones y nuestra asistencia técnica, prevemos intensificar nuestros esfuerzos para ayudar a los gobiernos de los países africanos a analizar cuestiones críticas de desarrollo y a diseñar y ejecutar programas nacionales de acción.
- 2. Ampliaremos más la ayuda que prestamos a los gobiernos para financiar y ejecutar programas de reforma de la política económica. Habrá una necesidad cada vez mayor de ayuda de rápido desembolso en los casos en que se apliquen programas de este tipo. Estamos proparados para tratar de obtener, y si es deseable administrar, financiamiento adicional de los donantes para esta finalidad.

- El Banco ampliará aún más su asistencia para los programas de población, salud y educación, y estimulará un mayor compromiso de los donantes respecto de tales actividades.
- Continuaremos financiando programas sustanciales de rehabilitación, funcionamiento y mantenimiento de la infraestructura existente.
- 5. Intensificaremos nuestros esfuerzos para alentar la participación de otros donantes en el cofinanciamiento como un medio de aumentar las corrientes de recursos. De esta forma, podremos también contribuir a evitar prescripciones antinómicas de políticas y a aliviar la carga en los países beneficiarios y donantes por igual.
- 6. Fortaleceremos los nueve grupos de coordinación de la ayuda a países africanos que ya presidimos, y organizaremos otros grupos consultivos en los casos en que el gobierno beneficiario esté comprometido a elaborar y ejecutar programas coherentes y en que pueda preverse el apoyo de los donantes de ayuda. Además, en nuestros grupos consultivos trataremos de asegurar compromisos firmes de los donantes que correspondan a las actividades específicas de desarrollo del país.
- 7. El Banco expandirá sus oficinas en Africa al sur del Sahara y aumentará los recursos que dedica a fortalecer directamente la asistencia que presta a los gobiernos en forma de análisis y asesoramiento.
- 8. Por último, el Banco está dispuesto a desempeñar un papel importante en el otorgamiento de los flujos de capital que se proponen en el informe. Africa al sur del Sahara es ya una región con alta prioridad en la asignación de los fondos de la AIF. Hay una necesidad crítica de asegurar que no se produzca la declinación pronosticada de las corrientes de capital externo a esta región.

Mientras tanto, se aumentará el financiamiento que presta el BIRF a los países de Africa al sur del Sahara hasta el nivel máximo compatible con las consideraciones relativas a la capacidad crediticia. Al mismo tiempo, el nuevo programa quinquenal de la CFI prevé un apoyo mayor para el fomento del sector privado en esta región.

Este nuevo informe es un llamamiento a la acción. El Banco Mundial está listo para actuar. Estamos muy interesados en cumplir la función más cabal en la ejecución de un programa que, creemos, puede poner a los países de Africa al sur del Sahara en el camino hacia un progreso económico y social significativo y sostenido.

Señor Presidente:

Creo que todos los aquí presentes hoy podemos convenir en que puede decirse que vuestras instituciones se han desempeñado bien, en especial en vista de las difíciles circunstancias en las que han tenido que actuar en los últimos tiempos. Y en este aspecto, gran parte del mérito es atribuible a vuestros excepcionalmente capaces y dedicados funcionarios. Pero es evidente que hay muchas esferas en que el perfeccionamiento y las innovaciones de las funciones del Banco Mundial pueden hacer mucho más eficaz nuestra participación en el esfuerzo internacional por acelerar el progreso económico y social en los países en desarrollo.

Los problemas que tendremos que enfrentar juntos en los años venideros demandan una cooperación internacional aún más íntima y más amplia. Como advirtió Benjamín Franklin: "Debemos mantenernos juntos o sin duda pereceremos separados". Se ha confiado al Banco Mundial, en vista de su posición apolítica de institución multilateral y de sus aptitudes y solidez, junto con su institución gemela y estrecha asociada, el Fondo Monetario Internacional, una función fundamental en el sistema de cooperación multilateral. Debemos seguir luchando por afianzar esa cooperación, y estamos decididos a hacerlo. El Banco debe actuar como socio eficaz de gobiernos y entidades privadas —un socio aun más eficaz de lo que ha sido en el pasado—.

Es teniendo presentes tales consideraciones que proseguimos enérgicamente nuestras consultas sobre la futura función del Banco. Hoy les pedimos a ustedes, nuestros accionistas, su total apoyo y aliento para ese esfuerzo. Les rogamos que aporten ideas constructivas a nuestras deliberaciones de las semanas venideras y que cuando, en un futuro cercano, llegue el momento de adoptar decisiones, actúen con celeridad, apoyen medidas osadas y alienten iniciativas que fortalezcan vuestras instituciones —iniciativas que les permitan ser aun más flexibles, sensibles y congruentes en las formas en que tratan de abordar los problemas urgentes—.

Mayor solidez significa proporcionar recursos suficientes a estos organismos, de modo que tengan la capacidad de reaccionar ante las circunstancias cambiantes y las necesidades variables para que puedan ser socios confiables a largo plazo en el proceso de desarrollo.

Esto exige, por supuesto, una AIF mucho más robusta. Significa también una CFI más fuerte, y eso ya se los ha recomendado el Directorio Ejecutivo. En cuanto al BIRF, implica que debemos tener presente la necesidad de llegar a un consenso sobre las propuestas de un aumento general del capital. El volumen de ese aumento sigue siendo tema de discusión, y se conformará a lo que nuestros miembros decidan sobre lo que debe hacer el Banco y lo que necesita para cumplirlo.

Pero una mayor solidez financiera por sí sola evidentemente no basta. La finalidad última de una mayor capacidad financiera se viciaría si no la utilizásemos en forma innovadora. Nuestra contribución al esfuerzo de desarrollo tiene muchas facetas: directamente o como catalizadores, movilizamos recursos para inversiones productivas; procuramos proporcionar análisis y asesoramiento de alta calidad; ofrecemos nuestros servicios como coordinadores internacionales de la asistencia; queremos un nivel académico sobresaliente en nuestras investigaciones; usamos nuestra capacidad de relaciones externas al máximo para aumentar la comprensión global de los desafíos que entraña el desarrollo. Pero en todas estas áreas, el Banco Mundial puede hacer todavía más, si a la mayor solidez corresponde un mayor grado de innovación.

Necesitamos vuestro aliento y vuestro apoyo para lograr esa correspondencia. La mayor solidez y la mayor innovación serán las claves para la efectividad del Banco como un participante principal en el programa de acción en Africa al sur del Sahara. La solidez y la innovación serán también las claves del éxito en nuestros esfuerzos por colaborar en el cambio institucional y la reanudación del crecimiento y de la inversión en los países con grandes deudas. En pocas palabras, un Banco fuerte e innovador puede realmente significar una diferencia sustancial para los esfuerzos de cooperación internacional orientados a acelerar el desarrollo del Tercer Mundo. No debe permitirse que peligre esta cooperación por falta de fe en nuestra capacidad colectiva para lograr el éxito.

No hay ninguna razón aceptable para que fracasemos. En esta sala hoy están reunidos hombres y mujeres que tienen más experiencia y comprensión de los problemas y más claro reconocimiento de las soluciones que en ninguna otra oportunidad. Y me aventuro a sugerir que todos nosotros concordamos en esto: que la situación económica, aunque es grave en gran parte del mundo en desarrollo, no es en forma alguna desesperada. Pensar otra cosa es declarar falta de confianza en nosotros mismos, rechazar toda creencia en el poder del ingenio y la determinación de hacer frente al desafío y, lo que es aún peor, frustrar las esperanzas de una vida mejor para millones y millones de nuestros semejantes.

Veinte años atrás, Arnold Toynbee dijo:

"Nuestra era se recordará bien no por sus horribles crímenes ni por sus asombrosas invenciones, sino porque es la primera generación desde los albores de la historia en que la humanidad se atrevió a creer que era conveniente poner los beneficios de la civilización a disposición de todo el género humano."

Al entrar al quinto decenio después de la histórica reunión de Bretton Woods, bien podemos meditar sobre estas palabras. Los fundadores de estas instituciones osaron creer que era conveniente llevar el orden y el progreso a una economía mundial totalmente desorganizada y dar una oportunidad al desarrollo.

Frente a los enormes retos del decenio venidero, también nosotros debemos atrevernos a creer que es conveniente aliviar la pobreza y asegurar el progreso económico y social del mundo en desarrollo.

Podremos efectuar una destacada contribución a esa noble empresa si nuestras instituciones son sólidas e innovadoras.

Recabamos su aliento y su apoyo para lograr que lo sean.

Muchas gracias.

SEPTIEMBRE 1984